

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## QUIEN Y QUIEN

## ITINERARIO DE UN ARCÁNGEL REBELDE

A tantos años de la vida y pasión de Jean Arthur Rimbaud, vuelve a ser actual la rebelión de este arcángel de las revelaciones poéticas. De niño, todos los días se despertó poeta. Adolescente, un día se despertó Dios. Un dios humano encarnado en la poesía. Todo en él, que ya no era él, revelado. Otro «es» yo. Pero este pleno gozo de sentirse divino se perderá bajo su lengua, al probar su saliva salobre como el mar. Latines de tijera. La sal del bautismo le cambió de naturaleza. De criatura a creado. Se rebela. En él, como en el Arcángel de la Luz más Bella, todo revelado y todo rebelado. El más terrible juego de palabras. El que ha de revelar y se rebela. ¿Qué culpa tuvo de despertarse Dios, y ahora, qué culpa tiene de despertarse Satán?

Adolescente, el nombre que se da al Rebelde, con la sal del bautismo en la boca —escupiéndola— llega a París, los ojos azules y la piel de nardo sin cortar. Nadie le espera en la Estación del Este. Un bufido de la locomotora lo envuelve en humo blanco. No desciende del tren. Baja a la tierra en una nube. Su equipaje lo componen mares incógnitos, continentes flotantes, espumas oceánicas, penínsulas, islas, olores, en un poema misterioso y candente.

Es el que ve el que ha llegado. Todos los demás son ciegos de nacimiento. Pone los pies sobre París y sobre el mundo de la poesía conocida y por conocer, pisotea la hojarasca poética de los no videntes, y enmudece. No hay diálogo posible con los que no ven. Incomprendido, hosco, distante, los insulta. Sólo unos pocos lo rodean. El amor le niega la cara. Es sonoro como cristal que se está rompiendo siempre y los que le oyen le siguen, más que el temor, el encanto de escuchar aquella música de victorias en derrota.

El mensajero insolente despliega sus alas, transparentes y calcáreos caracoles marinos, y un rumor de océano que se vacía en la gran soledad del sueño, lo envuelve, lo aísla. ¿Que no puede ser un poeta? ¿Que no puede ser un arcángel? Lo único que no puede ser es lo que esos horribles hombres de

letras quieren que sea: «homme de lettres», con número en la guía telefónica. Se lanza al espacio. Vuela y hay que medir la profundidad de su vuelo en pleno vuelo, para medir la profundidad de su poesía. No se puede medir antes ni después. Esplendor sostenido del que estuvo más cerca del verbo encarnado en el verso. No todo el verbo se encarnó y el verbo que no encarnó, Dios hizo sus reservas de materia poética, encarna en la poesía. Es tan rápida y hermosa su ascensión que de momento olvidan que es humano. El mismo lo olvida, antes de caer en lo cotidiano que es la muerte. La verdadera vida no está en lo cotidiano.

La mira el camarero. —¿Qué quiere que le sirva?, le pregunta, y el arcángel le contesta: —¡Nervios al vapor!...

Fuma. Parece que fueran sus cabellos largos y alborotados los que fumara en su pipa de capitán de barco. Un tabaco hecho de él mismo, que de tanto fumar da tabaco en ramas de cabellos. Apagarse el pelo del pensamiento prendiéndole otro fuego. Ya pocos le entienden. La alquimia del verbo. Otro orden. No tener poder para instaurarlo fuera de él y entonces volverse a su interior y desbordarlo todo con el contenido de cada palabra mágica. Desbordar el poema, no hacia lo exterior, hacia la elocuencia, lo vacío, el robo sonoro, sino hacia adentro, para anular la superficie. Su poesía desconcierta porque no tiene superficie. Este es su poder de iluminado, de alucinado. Asociar las palabras en un orden distinto para cambiar el mundo, quitarle la superficie y hacerlo profundidad.

—¡Es un niño que juega! —se detiene a decir un ángel a la puerta de la oreja divina, extrañada del mensaje de las vocales coloreadas. Siete arrugas de enojo en la frente del Creador. Jamás antes se pintó esta séptima arruga tratándose del hombre. Esa séptima arruga sólo marcó su rostro golgando de sus cejas para encontrar las cejas alzadas de Lucifer en actitud de reto. Un segundo más tarde, la cólera divina se había descargado como el rayo. Delante de la copa de ajeno, pequeño, insignificante, sediento, golpeado por sus propias alas por sus propias profundidades, el poeta anunciará ser

dueño de un idioma accesible a todos los sentidos, idioma del que él guardará la traducción.

Tempestades de arena lijaron de su piel de alma viva, la memoria de aquella lengua del cielo —él no confesaba haberla perdido— y de la que le quedaba un halo de magia a la temperatura del cuerpo. Pero también la magia se le irá enfriando y un orgullo helado, paralizador, lo empujará a refugiarse en el infierno, y no le bastará un solo infierno, reclamará uno para cada uno de sus vicios. Por la puerta de las muchas realidades busca escapar de su realidad única. Su voz se desgarrará. El creador de todos los triunfos vencido sobre su corazón. El creador de todas las fiestas condenado a no tener la fiesta del amor. El creador que ensaya nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevas lenguas, con espinas en las manos, el luto de la infinita tiniebla en los ojos y el silencio sellándole los labios.

Y ninguna esperanza de evasión.

Ni la aventura, ni el enigma, ni «las sandalias de viento», ni la videncia, ni el vagabundaje, ni el insulto, ni el sueño, ni el símbolo...

El comercio. El comercio ardiente de caravanas que pintan intestinos de huellas al desierto. Trueque de mercancías, sin la abstracción de la cifra, directo, vital, arrebatado. Carne, garras, colmillos. Ningún recuerdo de su encarnación poética. Un traficante honorable. Marfil, oro, pieles y sándalo. Y una carta de Isabel, su hermana, truncada en esta frase: «Lo que desea es...».

¿Sabe Isabel lo que el Arcángel Rebelde desea en aquellos momentos?...

Sus pequeñas manos de hermana con calor de infancia, el aroma de los poemas olvidados, y repetir aquello que alguna vez dijo: «Soy de la raza que canta en el tormento...».

Miguel Angel ASTURIAS

Premio Nobel

## UN DISCUTIBLE «DERECHO»

## CON LAS ARMAS EN LA MANO

El Senado norteamericano, al parecer, estudia ahora una fórmula legislativa para controlar o regular de algún modo, en su territorio, la venta y la tenencia de armas de fuego. Como es sabido, los ciudadanos de aquellas latitudes no encuentran dificultades administrativas en la adquisición de tales chismes y, en consecuencia, la industria y el comercio del ramo florecen como es de prever. El hecho constituye un doble elemento esencial de la vida pública y privada de los Estados Unidos. De una parte, el respeto al negocio, principio bastante importante en el área yanqui. Y de otra, una convicción digamos «política». Tener a su alcance un rifle o una pistola da, a cada miembro del vecindario, una sensación de «autonomía» muy superior a la que puedan representar el derecho al voto o la libertad de expresión. Y los grandes textos constitucionales amparan el planteamiento. Por poco familiarizados que estemos con el material informativo o artístico-literario que procede de USA —incluyendo el televisor—, el panorama queda claro: la gente de allá pega tiros con una relativa fluencia. Y disparan a dar, desde luego. Pese a todo, y esto es lo curioso, nadie se manifiesta partidario de la prohibición a rajatabla. Ni siquiera los senadores, que suelen ser una buena y frecuente diana.

¿Razón? Quizá porque se considera que el riesgo merece la pena. En el fondo, el loco que sale a la calle y descarga su revólver contra transeúntes anónimos, los atracadores de profesión, más o menos organizados y conspicuos, la reyerta improvisada con cualquier motivo y que acaba en masacre, nunca alteraron la «salud» colectiva de la sociedad americana. O muy escasamente. Los episodios luctuosos consiguen la máxima lamentación, sin duda, pero dejan intactos los resortes morales de la convivencia. Ni el recuerdo de los cuatros legendarios, ni los «gangs» más espeluznantes, ni el fanático o el psicópata habituales y artillados, sumados, lograron provocar crisis tan profundas como para que el cuerpo electoral —armado, a su vez— decidiera admitir la fiscalización del uso de proyectiles. El arma de fuego se identificaba con un «derecho», con una «libertad». Se sigue identificando con los demás «derechos» y «libertades» del país. Nadie se llame a engaño: los «derechos» y las «libertades» —sean los que fueren— tienen siempre esta contrapartida: pueden acarrear «molestias». «Las dulces moles-

tias de la libertad», escribía el señor Bofill i Mates, poeta egregio y concejal de Barcelona en tiempos de respingo cotidiano. «Dulces» o no, la cuestión consiste en la preferencia. Los «liberales» optan por soportar las «molestias». Hasta cierto punto, claro está: hasta cierto punto...

Los norteamericanos prefirieron la «libertad» y el «derecho» en forma —entre otras cosas y trámites— de arma de fuego. No les ha ido mal del todo, si bien se mira. Al fin y al cabo, y guardadas las proporciones demográficas, el número de víctimas —hospitales y cementerios— no ha sido en USA superior al que podrían ofrecer muchas zonas sujetas a vigilancia estricta. Ya sé que, a este nivel, las comparaciones suelen pecar de capciosas. Pero lo cierto es que la población de los Estados Unidos, hasta hoy mismo, se ha aferrado al «derecho», o a la «libertad», de encañonar y ser encañonado. Lo cual, en definitiva, implica una confianza generalizada en que las balas no se desencadenan porque sí o a mansajiva... Personalmente, el asunto no acaba de entusiasmarme. Tal vez mi aprensión se debe a que soy incapaz de «confiar» en el prójimo más allá de un límite prudencial, y si pienso que el prójimo puede estar armado, ya no confío en absoluto. Soy un pusilánime, probablemente. Y hasta sospecho que un pusilánime, con las armas en la mano, sería más peligroso aún que un mafioso, un secuestrador, un terrorista o un loco. No me gusta la hipótesis, y temo la recíproca. Un individuo «inermes», con sus simples puños, su cárate o su ira, ya es una amenaza en muchos momentos...

Sin embargo, mis inquietudes particulares no importan. Hablábamos del problema yanqui, y creo que conviene enfocarlo desde un ángulo precisamente «histórico». Me atrevería a sostener —para entenderlo con un paralelismo provisional— que Norteamérica se halla ahora en una etapa de evolución «muy» semejante a la que pasó gran parte de Europa en el siglo XVIII. Aquel fue un tiempo, para nosotros, de notable excitación criminal: nuestros antepasados de la época se acuchillaban por cualquier excusa, y sin excusa, o se aplicaban pistoletazos mutuos, en la calle, en las iglesias, en sus domicilios. La España del Barroco, por ejemplo, daba en un solo día más muertos y heridos que la de hoy en un par de semanas, metiendo en la cuenta los accidentes de carretera. Eso lo sabe todo lector que haya tenido la curiosidad de hojear

papeles contemporáneos o monografías atentas. La obsesión de la multitud celtibérica, entonces, era llevar un arma en el cinto: una espada, un pedernal, un pistoleta, una daga. La necesidad de «defenderse» lo imponía, y nadie podía calcular si, por un azar o una olusación, no sería él mismo quien iniciase el drama. Reyes y virreyes se preocuparon por desarmar a sus vasallos. Dictaban centenares de pragmáticas, condenaban a muerte a diestro y siniestro, perseguían la confección o el contrabando de trastos mortíferos, y no se salían con la suya. Los súbditos se oponían a que les quitasen el instrumento de su seguridad.

Porque ahí está el intrínsculo. Los «estados» —si cabe llamármelos así— del Barroco eran todavía débiles e insuficientes. Representaban un comienzo de «seguridad» institucionalizada, y pretendían extenderla. Los residuos de una tradición de autoridad desmenuzada, y alguna circunstancia sobrevenida que sería largo de explicar, pesaban sobre la actualidad. Con los años, y no sin amargura, pusieron coto al desarreglo. Paradójicamente, la operación fue a contrapunto del régimen liberal. Aquí y en toda Europa. Lo exigía la doctrina: los conflictos privados eran encauzados a los tribunales, como correspondía a un supuesto estado de Derecho. Lo exigía, en idéntica línea, el esquema de sufragios y parlamentos que, según la teoría, oviaba las disputas de poder. Era el «orden público». Y más tuvo que ser en el sentido de «seguridad» económica: para comprar y vender sin heroísmos, resultaba imprescindible reducir al mínimo los apuros violentos. Una primera medida tuvo que consistir en eso: en desarmar al ciudadano. Como, además, se interferían embrollos políticos considerables, los gobiernos aceleraron la maniobra: era una manera de frenar al enemigo de partido. Con los de su propia cuerda aún fueron condescendientes —en todas partes hubo una forma u otra de somatén—, pero tampoco demasiado. Los amos del Estado liberal fueron los verdaderos inventores del «orden público». O los «moderados», si se prefiere. Pongamos Narváez y Cánovas, y no olvidemos a Espartero ni a Prim. Ni a don Manuel Azaña.

Norteamérica «todavía» no ha llegado a tanto. En este aspecto, claro. Hace cuatro días, los Estados Unidos continuaban siendo un espacio abierto y sin vigilancia: el de los westerns sin chérif y sin juez, el de Al Capone y sus predecesores, el de las distancias invencibles o

abandonadas. Conocemos el tópic. El «Estado», allí, no pudo ser lo que ha sido aquí: a esta orilla del Atlántico. Ni las dimensiones de la jurisdicción, ni los mecanismos de dominio, ni los agobios de cultivos, ganados o fábricas, permitían otra cosa. Por otra parte, la herencia anglosajona añadía un envidiable ingrediente paralizador: el «habeas corpus» y todo lo demás. La Constitución de los Estados Unidos y su red de leyes y leguleyos se inspiran en el «respeto al individuo». O sea: en las «libertades formales», como decimos en las tertulias. Menos da una piedra, naturalmente... En este «contexto» se comprende la resistencia a someter la circulación y el empleo de armas de fuego a licencias y pólizas, certificados y avales.

Lo malo es que... Últimamente se han producido anécdotas escandalosas. No todas las «vidas» son iguales: hay algunas que, si son extinguidas artificialmente, dan pie a una figura de delito y de emoción que recibe el nombre de «magnicidio». Así, el asesinato de los dos Kennedy, el de un par de líderes negros populares, alguna conspiración vaporosa contra Nixon, la falta de puntería contra otros políticos ya subalternos... Eso pasa de la raya. Como las leyes las hacen los políticos, y ahora los políticos se ven objeto de una racha de atentados, el Senado toma en consideración el tema. Con todo, no se observa un movimiento efusivo, entre los senadores, a favor de la restricción. Quizá por el miedo a perder votos. Es un miedo saludable, dicho sea de paso. La «ley» proyectada es muy tímida, y, en realidad, dejará las cosas como estaban. Para bien o para mal. Con el tiempo, ya llegará Fouché. O alguien parecido. Lo verá quien lo vea. Una especie de fatalidad intrínseca al sistema —y no sólo al norteamericano, sino a todos, capitalistas o anticapitalistas— lleva a obtener, a la corta o a la larga, la total «inermidad» del hombre de la calle. Y el hombre de la calle, en Texas, en Nueva York o donde sea, se dejará «desarmar», un día, sin reservas. El día que descubra que su carabina es, prácticamente, la carabina de Ambrosio: una miserable arma para asesinar a la suegra o al tendero de la esquina. Un arma para nada.

Que al lector le guste o no, esta conclusión es otra historia. Yo creo que... Aunque la verdad es que lo que yo crea tampoco tiene el menor interés.

Joan FUSTER

*J. Fuster*

paseo de gracia, 12-14

LIQUIDACION VERANO - 72

NO CERRAMOS AL MEDIODÍA DURANTE TODO EL AÑO

MAS DE 1.500 PLAZAS

(sin título)

VARONES 18 - 45 AÑOS

Convocatoria Dirección General de Correos y Telecomunicación

Españoles sabiendo leer, escribir y cuatro reglas. No se precisa título ni mecánografía ni taquigrafía ni idiomas. Hay que cubrir VARIOS MILES de vacantes en breve plazo, por gran aumento de plantillas de las Oficinas de Correos de toda España (aprobado por Ley de Jefatura del Estado y Cortes Españolas de este año).

Instancias hasta 9 de septiembre de 1972, pruebas elementales de Cultura General en Madrid y provincias (puede prepararse en su casa). Magnífico sueldo y porvenir. La mejor carrera que puede hacer SI NO TIENE TÍTULO... e incluso si lo tiene.

Solicite URGENTEMENTE información con modelo de instancia (envíe simplemente este recorte y sus señas) con DIEZ PESETAS en sellos, a

ACADEMIA FUENCARRAL. C. Fuencarral, 46 — MADRID - 4